

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 460

Madrid, 15 de Noviembre de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

Juan Bunyan: calderero, predicador, escritor y siervo de Dios.

EN el registro de la Iglesia parroquial de Elstow, cerca de Bedford, aparece, con fecha 30 de Noviembre de 1628, la entrada del bautismo de un niño llamado Juan, hijo de Tomás Bunyan y de su esposa Margarita. Debió de nacer, pues, en el mismo mes o en el anterior.

Su padre era de humilde condición, «calderero» de oficio; aunque parece que la familia había gozado de mejores tiempos. La madre de Juan Bunyan murió cuando el muchacho tenía dieciséis años. El padre contrajo nuevas nupcias, y el joven sentó plaza en el ejército. Del carácter y condición religiosa de los padres no sabemos nada. No parecen haberse ocupado gran cosa de la educación religiosa de su hijo, aunque si lo enviaron a la escuela donde aprendió a leer y a escribir. Aunque como él dice «no fué a la escuela de Aristóteles ni Platón», leyó con provecho los libros que vinieron a sus manos y llegó a escribir una prosa que hoy se considera en inglés tan castiza y pura como la de Cervantes en castellano.

El joven era malo; hasta qué punto lo era es difícil saberlo, porque algunos biógrafos hacen la observación de que debemos atenuar considerablemente las frases en que él mismo se retrata y se condena, ya que en ellas habla una conciencia sumamente severa, inspirada en los ideales puritanos y atormentada durante mucho tiempo por una profunda convicción de su propia culpabilidad. Cuando vemos con qué horror considera pecados tales como jugar a los bolos el Domingo por la tarde o bailar en el prado de su pueblo; y cuando leemos cómo se defiende de las acusaciones de sus adversarios en los días de su ministerio, que habían hecho correr rumores de haber tenido él una juventud licenciosa, acusaciones que rechaza con dignidad y energía, estamos muy inclinados a formar un concepto menos desfavorable del que él mismo tenía. Pero él se miraba en la presencia de Dios y conocía, como los mejores santos han conocido, la perversión y de-

pravación del corazón humano en su estado natural.

Que fué blasfemo es innegable. Él dice que le igualaban pocos «en jurar, maldecir, mentir y blasfemar el santo nombre

religiosos, muy populares entonces, que habían sido de su padre, hombre honrado y piadoso. Con la lectura de aquellos libros comenzó el largo conflicto espiritual que Bunyan sufrió antes de llegar a la paz y certidumbre de su salvación. Estos libros produjeron en él un deseo de religiosidad, aunque, añade él mismo, «no tocaron mi corazón lo bastante para despertarlo acerca de mi triste y pecaminosa condición». Tomó gran afición a la religión usual y corriente. Iba a la iglesia dos veces al día. «Cantaba y decía muy devotamente lo que cantaban y decían los demás». Un sermón que oyó al párroco acerca del quebrantamiento del día del reposo le hizo volver a su casa con «una gran carga sobre su espíritu». Aquella tarde, jugando en el prado del pueblo, le pareció oír una voz del cielo que decía: «¿Quieres dejar tus pecados e ir al cielo, o prefieres seguir con tus pecados y condenarte?»

No se decidió, sin embargo, a renunciar a sus pasatiempos y pecados. Pensaba que era demasiado tarde para cambiar de vida. Un día una mujer «licenciosa e impía» le reprendió por su manera de blasfemar. El hecho le impresionó tan fuertemente que le llevó a reformar sus costumbres, continuando así por un año con gran asombro de todos sus vecinos. Sin embargo, todavía, según él dice, «era ignorante acerca de Jesucristo, y procuraba establecer su propia justicia».

Una nueva luz.

Cuando menos lo esperaba un incidente pasajero le puso en camino hacia una verdadera conversión. Yendo un día por las calles de Bedford en el ejercicio de su oficio, vió un grupo de «tres o cuatro mujeres pobres, sentadas a la puerta de una casa, tomando el sol y hablando de las cosas de Dios». Se acercó al grupo, escuchó la conversación y quedó asombrado. Hablaban — dice él — como si el mismo gozo les hiciera hablar; con un lenguaje de la Escritura tan agradable y con tal expresión de gracia en lo que decían, que



El monumento a Juan Bunyan en Bedford, donado a la ciudad en 1874 por el Duque de Bedford.

de Dios». Pero, aun en sus años juveniles, no fué un muchacho insensible. Sufrió «terribles visiones» y «sueños horribles» del juicio de Dios y de la condenación de los malos.

Reforma de vida.

Dos años pasó en el ejército; no dice en qué lado peleó. Ardía entonces en Inglaterra la guerra civil entre los partidarios del Rey y los del Parlamento, que dió por resultado el triunfo de Cromwell y la muerte de Carlos I en el patíbulo.

Terminado su servicio, volvió a Elstow y contrajo matrimonio. Marido y mujer eran tan pobres que «no tenían más que un plato y una cuchara para los dos». La mujer había traído a la casa dos libros

eran para mí como gente que ha descubierto un mundo nuevo.

Buscó una y otra vez la compañía de aquella gente humilde, y, mientras más la trataba, más descontento quedaba de su propia condición espiritual. Pensaba en sus nuevos amigos como gente que viviera en la falda soleada de un monte, mientras él temblaba de frío en un oscuro valle. Por fin, aquellos amigos lo pusieron en comunicación con el pastor de la Iglesia libre de Bedford, «el santo mister Giford», como Bunyan lo llama; un hombre en quien la gracia divina había hecho una obra asombrosa, convirtiéndolo de una vida desordenada y viciosa, y haciendo de él un ministro de Jesucristo que algunos autores piensan sirvió de modelo al retrato que *Cristiano* vió en la Casa del Interpreté.

No se crea que con esto ya el camino de la fe se hizo llano y fácil para el espíritu atormentado de Juan Bunyan. Sus conflictos se sucedían unos a otros con creciente amargura. Todo lo que *Cristiano* sufre en la inmortal alegoría, su lucha con Apolión, su paso por el Valle de la Humillación y el de Sombra de Muerte, sus terribles días y noches en el Castillo de la Duda bajo el poder del Gigante Desesperación, no es más que un reflejo de lo que Bunyan experimentó en su propia vida espiritual.

«Gracia que abundó».

La historia de estos conflictos la ha trazado él mismo en su libro *Grace abounding to the chief of sinners* (*Gracia que abundó para el primero de los pecadores*), obra que se ha comparado con las renombradas *Confesiones* de San Agustín.

El obispo de Hipona había sido en su juventud profesor de retórica, y siempre escribió en estilo culto y escolar. El autor de *El Peregrino* prefiere el lenguaje más llano y sencillo posible. «Podía — dice él mismo — haber adornado mi narración más de lo que parezco haberlo hecho, pero no me atrevo. No fué un juego lo que Dios hizo al probarme, ni fué un juego para mí hundirme en el abismo sin fondo cuando los terrores del infierno me rodearon; por lo tanto, no jugaré al contar, sino que seré liso y llano, diciendo las cosas como fueron».

El rasgo saliente en toda esta historia es el valor que para Bunyan tenía la Palabra de Dios. Un hombre de imaginación tan fecunda y de sensibilidad tan viva hu-

biera podido extraviarse fácilmente si no hubiera sido por su adhesión firmísima a la Escritura Santa. Creía oír «voces», pero ninguna voz tenía valor para él sino la que traía a su memoria una palabra de la Biblia. «En aquellos días — dice él mismo — me abalanzaba sobre una promesa, como los caballos que se hunden en el barro se tiran hacia terreno firme... No buscaba principalmente consuelo, aunque ¡con cuánta gratitud lo hubiera recibido!, sino una palabra, una palabra para apoyar en ella mi alma cansada; eso era lo que yo buscaba con afán». Tales palabras como: «Bástate mi gracia», «No te dejaré ni te desamparé», «Al que a Mi viene, no le

de los cuales, si persistía en su actitud, sería desterrado del reino. Bunyan dijo, al serle comunicada la sentencia: «Si hoy saliera de la cárcel, mañana predicaría el Evangelio con la ayuda de Dios».

Así empezaron las prisiones de Bunyan, que duraron doce años y medio. Se hicieron varias tentativas para su indulto, pero todas inútiles, porque Bunyan no consintió nunca en dar la promesa de no predicar. Su valerosa mujer se presentó ante los jueces al año siguiente de haber sido encarcelado su marido.

—Tengo cuatro pequeños que no pueden valerse, y una de ellas es ciega.

—¿Tienes cuatro hijos? — preguntó uno

de los jueces con cierta compasión— Eres muy joven para tener tantos.

—Soy su madrastra. Nos casamos hace dos años.

—¿Qué oficio tiene él? — volvió a preguntar.

Y varias voces de la compañía respondieron:

—Calderero.

—Sí — exclamó la decidida mujer —, y porque es calderero y pobre, no se le hace justicia.

Otro de los jueces era más duro y se negó a que se concediera el indulto.

—Si estuviera libre, predicaría, a pesar de todo.

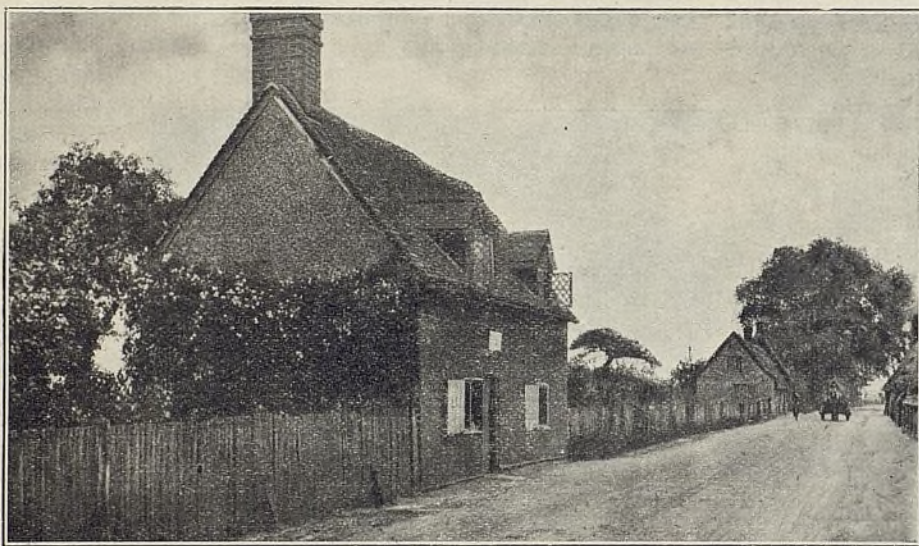
La intrépida esposa respondió:

—No predica más que la Palabra de Dios.

El diálogo, que es más largo, nos ha sido preservado en un relato escrito, probablemente, por el mismo Bunyan.

Parece ser que tuvo, sin embargo, cierta libertad, de modo que salía algunas veces y aún llegó a predicar. En una ocasión en que había salido tuvo cierto presentimiento que le hizo volver antes de lo que el alcaide esperaba. A poco de entrar en su celda llegaron unos inspectores, preguntando si Bunyan estaba bien guardado. El alcaide quedó muy sorprendido del incidente, y decía después a Bunyan que lo dejaba salir con tranquilidad, porque sabía cuándo tenía que volver.

La cárcel era cárcel de todos modos, y Bunyan un preso que podía decir, al escribir su *Gracia que abundó*, que escribía «desde las guaridas de los leones, desde los montes de los tigres» (Cant., IV, 8). El separarse de su mujer y sus hijos era para él «como si le arrancaran la carne de los huesos». El pensamiento de las privaciones y necesidades que su familia podía padecer le afligía, «especialmente mi pobre hijita ciega, que tenía más cerca



El „cottage”, casita donde vivió Bunyan algunos años en Elstow. Aquí nació su primera hija María que era ciega y murió joven.

echo fuera», eran las que proporcionaban descanso a Juan Bunyan. «Más de una lucha ha sostenido mi corazón con Satanás para que no me arrebatara ese bendito capítulo VI de Juan».

En la cárcel.

Dos años después de afiliarse a la congregación bautista pastoreada por mister Giford, comenzó Bunyan a predicar. Sus palabras edificaban a los oyentes, y mister Giford le instó a que consagrara su vida a la obra de evangelista. Así lo hizo, predicando a menudo, no sólo en Bedford, sino en muchos lugares vecinos. Su vida pasada y los dones que demostraba, atrajeron bien pronto hacia él la atención pública.

Entretanto, Cromwell había muerto, y poco tiempo después se restauraba la monarquía con Carlos II. Los disidentes empezaron a sufrir de nuevo. Bunyan fué sorprendido predicando en Samwell, un pueblo de la provincia de Bedford y juzgado «por abstenerse de una manera pertinaz y diabólica de asistir al culto divino (se entiende en la Iglesia oficial); por ser mantenedor de conventículos, que resultan en gran perturbación de los buenos súbditos del reino y son contrarios a las leyes del rey, nuestro señor». Se le condenó a tres meses de cárcel, al cabo

del corazón que todos los demás». En la cárcel aprendió Bunyan a hacer cierta clase de encaje, trabajo con el cual ayudó al sostenimiento de su familia.

Pero, desde el punto de vista espiritual, los años de su encarcelamiento fueron de gran provecho. «Nunca en toda mi vida he tenido tan gran entrada en la palabra de Dios como ahora — escribe él en su citada autobiografía —. Aquellos pasajes de la Escritura, en los cuales no veía nada antes, en este lugar y en estas condiciones brillaban sobre mí; Jesucristo no fué nunca tan real y presente como ahora; aquí le he visto y le he sentido realmente.»

«El Peregrino».

En la cárcel de Bedford nació la obra más grande de Bunyan, *El Peregrino*, que salió a luz cuando su autor gozaba ya de libertad. Como otras obras maestras de la literatura, surgió de una manera inesperada, como producto de una inspiración feliz. El carácter original de la obra hizo que Bunyan vacilase por algún tiempo acerca de la conveniencia de su publicación. Pidió consejo a sus amigos. Como él mismo dice en su prólogo poético,

«Cuando estuvo mi libro terminado, a varios lo mostré, con el intento de ver de qué manera lo juzgaban. Unos, ¡viva!; otros, ¡muera!; me dijeron.

Unos me dicen: «Juan, imprime el libro». Otros me dicen: «No». Según criterio de varios, puede hacer un beneficio; otros opinan con distinto acuerdo.

En esta variedad de pareceres, yo me encontraba como en un estrecho, y pensé: pues están tan divididos, lo imprimiré, y asunto ya resuelto.

La primera edición apareció en 1678; una segunda edición aumentada, en el mismo año; al año siguiente, una tercera; al otro, la cuarta. Cálculase que en vida de Bunyan se vendieron 100.000 ejemplares impresos en Inglaterra, sin contar los que se imprimieron en América; circulación verdaderamente fenomenal en aquellos tiempos.

La gente sencilla tuvo más agudo instinto para apreciar el valor de la obra que las personas doctas. Pero éstas no tardaron en reconocer que el pueblo había acertado en su juicio; y los críticos más eminentes han proclamado que *El Peregrino* es, en realidad, «una obra maestra».

Muy pocos libros, religiosos o profanos, han alcanzado la difusión que *El Peregrino* ha tenido en todo el mundo. La Sociedad de Tratados, de Londres, ha publicado versiones en ciento veinte idiomas, y apenas pasa un año sin que salga a luz la obra de Bunyan en un idioma en que no se conocía antes.

Chinos y japoneses, indios y malayos, pieles rojas y esquimales, africanos y oceánicos, leen con placer las peripecias del viaje de *Cristiano* a la ciudad celestial, y encuentran en la inmortal alegoría lecciones provechosas para su propia peregrinación.

El Peregrino es un libro verdaderamente universal porque toma al hombre en su condición natural de pecador perdido y su necesidad fundamental de perdón y de salvación. No son hombres y mujeres de un país y de una época determinada los que encontramos en las páginas de Bunyan, aunque él los tomó de la realidad viva, sino hombres y mujeres que se hallan en todos los climas y que hablan todas las lenguas.

Una edición de *El Peregrino* en un idioma de la India ha sido ilustrada por un artista indígena, y *Cristiano* aparece con el turbante y la vestimenta propia del país. En Uganda se ha ilustrado el libro con fotografías de escenas preparadas ex profeso, y allí nos encontramos un *Locuaz* y un *Fiel* y un *Esperanza* de piel negra y traje africano. Un cristiano de aquel continente, después de leer la inmortal alegoría, sintió el deseo de expresar su gratitud al autor y escribió a las oficinas de la Sociedad de Tratados una carta dirigida al Sr. Juan Bunyan. Pensaba que el autor vivía actualmente. *El Peregrino* es un libro de todos los lugares y todos los tiempos.

«El obispo Bunyan».

Poco diremos ya de los últimos años del soñador de Bedford. Vinieron por fin días de más tolerancia religiosa y Bunyan fué puesto en libertad, reanudando su ministerio pastoral y evangelizador. Tan extensos y apreciados eran sus trabajos que llegó a ser llamado por muchos «el obispo Bunyan». Su congregación en Bedford logró reunir los fondos necesarios para edificar una capilla que, aun siendo espaciosa, no pudo contener la muchedumbre que deseaba oír al predicador el día que se inauguró.

El nombre de Juan Bunyan era ya tan famoso que en ocasiones en que fué a Londres, llenaba los más amplios locales donde predicaba, aunque su visita se anunciara con un sólo día de anticipación. Un testigo presencial dice haberse reunido una congregación de 1.200 personas para oírle un día de trabajo a las siete de la mañana en tiempo de invierno.

Juan Bunyan murió en circunstancias que recuerdan un tanto los últimos días de Lutero. Había hecho un viaje para reconciliar a un joven con su padre. Volviendo a Londres, le cogió un aguacero en el camino y cayó enfermo. Encontró hospitalidad en casa de un amigo suyo, donde a los diez días falleció encomendando su alma en las manos de su Redentor. Tenía sesenta años de edad.

La memoria de Bunyan es hoy honrada en todas las Iglesias cristianas. Su obra inmortal ha edificado y alentado a

millones de cristianos de toda denominación, lengua y raza. Es una obra en la cual resplandece, como en la vida y en los trabajos de su autor, la verdadera *catolicidad*, la catolicidad evangélica.

C. ARAUJO GARCÍA.

Debemos las fotografías que ilustran este número a la amabilidad del Rdo. C. Bernard Cockett, el actual pastor de la Iglesia de Bunyan, en Bedford.

EL PEREGRINO

Por JUAN BUNYAN

La mejor manera de celebrar el tercer centenario de Juan Bunyan, el autor de *El Peregrino*, será leer de nuevo la inmortal alegoría los que ya la conozcan, o leerla por primera vez los que no hayan hecho tan provechosa experiencia.

La edición española de la Sociedad de Publicaciones Religiosas contiene los prólogos poéticos de Bunyan, traducidos en verso castellano por Carlos Araujo, y va ilustrada con dibujos de Harold Copping que ha vestido los personajes de *El Peregrino* al estilo de la época en que el autor vivió y los ha caracterizado con notable acierto.

Las dos partes en un volumen, edición popular, 16 láminas.

En rústica . . . 3,50 ptas.

En cartóné . . . 4,50 »

En tela . . . 5,50 »

La primera parte, sola. Con 8 láminas.

En rústica . . . 1,75 ptas.

En cartóné . . . 2,50 »

En tela . . . 3,50 »

La Peregrina.— Segunda parte de *El Peregrino*. Con cuatro ilustraciones en colores.

En rústica . . . 1,75 ptas.

En cartóné . . . 2,50 »

En tela . . . 3,50 »

Estos son los precios de Catálogo. Por un tiempo limitado, para facilitar la adquisición del libro a todos los que lo deseen, lo ofrecemos a los precios siguientes, franco de porte.

El Peregrino, rústica . Una pta.

La Peregrina, rústica . Una „

Las dos partes, juntas . . . 1,50 „

El Peregrino, cartóné . 1,50 „

La Peregrina, cartóné . 1,50 „

Las dos partes, juntas . . . 3,— „

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

EL MENSAJE DE «EL PEREGRINO»

POCOS serán los cristianos evangélicos que no estén familiarizados con el libro inmortal del famoso soñador de la cárcel de Bedford, y que no se hayan deleitado leyendo sus instructivas páginas. Por nuestra parte, recordamos con profunda emoción los tiempos lejanos de la niñez cuando una madre piadosa ponía en nuestras manos el conocido libro, cuyos grabados y alegorías, no muy bien comprendidas por cierto en aquellos días, habían de quedar impresionadas en una imaginación infantil que se complacía en ellas por su atractivo misterioso. Después, varias veces hemos tenido ocasión de repetir la lectura del libro, hallando siempre en él nuevas y útiles lecciones prácticas para la vida del cristiano. *El Peregrino* es un libro que nunca envejecerá, porque su asunto, tan actual ahora como cuando salió de las manos de Juan Bunyan, lleva el convencimiento al ánimo del lector de que aquellos personajes son seres arrancados de la vida real, parecidos en todo a nosotros mismos y a los que nosotros conocemos y tratamos todos los días.

Además, *El Peregrino* contiene un mensaje especial, tan fresco y necesario hoy a los hombres de nuestro tiempo, como lo era trescientos años ha para aquella generación contemporánea de Bunyan; el mensaje de la salvación por gracia. Es posible que para algunos este mensaje aparezca anticuado, como perteneciendo a una época demasiado alejada de nosotros para adaptarse a las modernas concepciones filosófico-religiosas; pero lo cierto es que mientras haya un alma turbada por el convencimiento del pecado que anhele la paz y el perdón, hallará en la figura de *El Peregrino* el vivo retrato de sí misma y la indicación precisa del camino que conduce a la Vida.

En el monumento levantado a la memoria de Bunyan, en el lugar de su sepultura en Bunhill Fields, existen unos bajorrelieves representando las principales escenas del viaje de *Peregrino*. A un lado del monumento el bajorrelieve representa a *Peregrino*, caminando encorvado bajo la pesada carga de pecado que lleva sobre sus espaldas; al otro lado aparece el mismo personaje, habiendo llegado junto a la cruz, libre de la pesada carga que le agobiaba. Según nuestro parecer, estas figuras colocadas sobre la tumba de Bunyan contienen en su significado

el gran mensaje que el autor nos brinda, digno de ser considerado y recibido de todos.

Consideremos, en primer lugar, la lección que nos ofrece el hombre caminando con su carga. Es evidente que la carga es superior a sus fuerzas cuando así se dobla bajo su peso, y fácilmente se comprende que no puede tampoco librarse de ella por sí mismo, pues de otra manera lo



Puertas de bronce de la Casa de Reuniones de Bunyan, la Capilla donde Bunyan predicó de 1672 a 1688, y que sirve ahora de lugar de culto a una Iglesia Unida (Bautista y Congregacional). Las puertas están adornadas con diez bajorrelieves de escenas de «El Peregrino» y son un regalo del Duque de Bedford hecho en 1876.

haría gozosamente. ¿No es esta la condición de todo pecador? Es verdad que no faltan medios que se preconizan como a propósito para aliviar al alma de sus pecados, aunque la experiencia demuestra en cada caso la inutilidad de tales remedios para dar descanso al fatigado caminante. Más de una vez hemos visto al jugador desesperado, dándose cuenta de lo horrible de su estado; pero ese mismo hombre volverá de nuevo a sentarse en torno de la mesa maldita, donde dejará su dinero, su honor, y en algunos casos su vida. No serán más afortunados los dados a la embriaguez, al adulterio, a la blasfemia o a la mentira, quienes aun sintiendo lo vergonzoso y cruel de su con-

ducta, comprendiendo las tristes consecuencias a que se ven abocados, no pueden, sin embargo, resistir el fatal impulso que les arrastra por la pendiente de la perdición presente y eterna. Ni la educación, ni la religión como práctica externa, pueden hacer nada para librar de su carga de pecado y de miseria a tales desgraciados.

Y si dejamos de lado a los que pudiéramos catalogar entre los mas caídos, si pensamos en aquellos que aparecen como los mejores, si nos preguntamos a nosotros mismos qué tal están nuestras conciencias de paz y descanso, no hemos de tardar en descubrir que el peso que tantas veces, nos oprime, que nuestra carga, no puede ser aligerada, ni mucho menos quitada, por nosotros mismos ni por nadie; pues a medida que el tiempo pasa venimos a ser más esclavos de nuestros vicios y pasiones. Esta es la primera lección que nos enseña *El Peregrino*; su mensaje para todos nosotros. En él descubrimos la condición perdida del pecador, sin remedio humano posible, y como quiera que «no hay justo ni aun uno», todos estamos comprendidos en tal estado perdido.

Pero gracias a Dios que para tal estado hay un remedio, no humano, pero sí divino. *El Peregrino*, que aparece caminando fatigado en el bajorrelieve del monumento de Bunyan, encamina su pasos hacia la cruz y llegando junto a ella, sin ningún esfuerzo suyo, la carga cae por sí misma de sobre sus hombros y el hombre se ve librado para siempre del peso abrumador. No importa cuáles sean sus experiencias futuras en el curso del viaje de la vida que prosigue; unas veces radiante de gozo y otras afligido, irá adelante, sin que nunca más se vea obligado a soportar el peso terrible de sus pecados. La carga cayó cuando el caminante llegó junto a la cruz, y desapareció para siempre como si se hubiese hundido en lo profundo de la mar para no aparecer nunca jamás. Así el alma halla descanso y paz con Dios; pues está segura que se encamina a su patria celestial.

He aquí el glorioso mensaje de *El Peregrino*; el mejor mensaje que los hombres pueden oír. La condición del pecador es perdida, mas Dios ha dado a su Hijo para todo aquél que cree en Él sea salvo. Sólo en la cruz donde Cristo pagó en lugar nuestro, podemos vernos libres de la carga de pecado; sólo en la cruz hallamos la puerta y el camino que nos conduce a Dios, porque sólo allí Cristo hizo el sacrificio de su vida, por cuyo único sacrificio hizo salvos a los creyentes.

AMBROSIO CELMA.

E. STANLEY JONES, EN HISPANOAMÉRICA

HACE unos dos años salió a luz en América e Inglaterra un libro escrito por un misionero, que despertó un interés extraordinario y provocó vivísimas discusiones. Se titulaba *El Cristo del Camino Hindu*, y relataba las experiencias de su autor, E. Stanley Jones, en sus trabajos evangélicos. El señor Jones había probado nuevos métodos para predicar a Cristo al pueblo de la India. Había organizado reuniones públicas en locales neutrales y había invitado a los representantes de las diferentes religiones que tienen arraigo en aquel país para que expusieran francamente sus objeciones al mensaje que el misionero cristiano llevaba. Los resultados fueron admirables. Se deshacían prejuicios, se vencían obstáculos y se descubría que el corazón hindu respondía, como no se esperaba, a los llamamientos de Cristo.

Aprovechando una estancia del Sr. Jones en su país, América del Norte, el Comité de Cooperación en América Latina pensó que la experiencia del renombrado misionero podría ser útil a los obreros evangélicos que trabajan en los países de habla española del continente americano, y le invitó a hacer una excursión para visitar los principales centros evangélicos de aquellas Repúblicas.

Vaciló un tanto el Sr. Jones ante las dificultades que ofrecía su desconocimiento del idioma y la gran diferencia de carácter entre los pueblos latinoamericanos y las razas de la India con cuya psicología estaba familiarizado.

Pero accedió al fin, y los resultados han superado a las más optimistas esperanzas. No solamente entre los pastores y obreros evangélicos sudamericanos, a quienes las palabras del experimentado misionero han servido de poderoso estímulo, abriendo nuevos horizontes a sus pensamientos y planes, sino entre los elementos intelectuales, apartados de toda confesión religiosa, el Sr. Jones ha encontrado una cordial bienvenida y una actitud de viva expectación y de cordial simpatía.

Tocándonos tan de cerca todo lo que se hace y se consigue por la propaganda evangélica en aquellos países de nuestra raza y lengua, nuestros lectores encontrarán interesantes sin duda las impresiones que el mismo Sr. Jones relata en un artículo que publica *La Nueva Democracia*, de Nueva York, del cual extractamos los siguientes párrafos:

«La indiferencia religiosa en los grupos de personas cultas con quienes tuve el privilegio de hablar y con quienes establecí relaciones de amistad, obedece a que, a lo que a ellos se les ha presentado como religión y Cristianismo, ni satisface su inteligencia, ni llena los anhelos de su corazón, ni puede influir prácticamente en sus vidas para hacerlas mejor. Cuando a esas personas cultas se les presenta un

Cristo que nada tiene que ver con las teologías y con las controversias, o dogmáticas, o exegéticas, o históricas de las distintas ramas apellidadas cristianas; cuando se les presenta el Cristo del Evangelio, lleno de vida, amor y compasión por la Humanidad; el Cristo del Evangelio, que no ha dejado nunca a esta Humanidad; que convive con ella, que la inspira, la alienta, la consuela; que está repitiendo las famosas palabras del Evangelio: «Venid todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar»; cuando se les presenta un Cristo capaz de inspirarles hoy mejores ideas e ideales, mejores sentimientos y resoluciones; que puede acompañarlos en sus contiendas y luchas contra los apetitos inferiores y los instintos brutales, ¡oh, entonces las clases cultas de Hispanoamérica responden pronta y entusiastamente al llamamiento de Cristo!

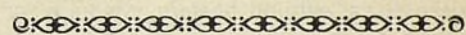
«Acostumbrado como estoy a escuchar las clases cultas de la India; esa nación eminentemente religiosa y mística, esa nación que ha producido a tantos fundadores y maestros en religión, que cuenta hoy a Tagore y a Gandhi, ambos amigos míos, afirmo rotunda y resueltamente que las clases cultas de Hispanoamérica no son menos entusiastas por el tema religioso si este tema presenta al Cristo verdadero. Añado más: que responden más rápida y eficazmente que las clases cultas análogas de la India. No; yo jamás afirmaré que las clases cultas de Hispanoamérica no sienten interés por la religión; que no sienten interés por ciertos dogmas, por ciertas polémicas, por lo que diferencia a unas ramas cristianas de las otras, es cierto. Pero sienten interés, profundo interés; están ansiosas de conocer y recibir al Cristo de los Evangelios, al Cristo de la Historia, al Cristo de la Humanidad. Que en su manera de concebir a este Cristo y de formularlo difieran del concepto que tengan teólogos y misioneros, no lo niego; pero ¿quién considerará esta actitud como un defecto y una dificultad?»

«Jamás olvidaré el incidente memorable cuando el Sr. Ricardo Rojas, al ofrecerme su incomparable obra *El Cristo invisible*, me la ofreció con estas palabras: «El autor de *El Cristo del Camino Andino* al autor de *El Cristo del Camino Hindu*». Este es el medio y el método mejor. Cristo, aunque personaje histórico, es también el Hombre ideal. Hombre que se adapta por igual a todos los tipos humanos, a todas las clases, a todas las razas y continentes, y por igual puede consolarnos a todos y a cada uno de nosotros, alentarnos, inspirarnos, infundir en nosotros una vida más amplia, gozosa, mejor en todos los sentidos. Al nombrar la palabra gozosa, creo que indico una de las necesidades mayores que Cristo debe

remediar en Hispanoamérica; a saber: dar a la vida un concepto de mayor gozo y esperanza. El Cristo que hasta ahora han conocido es de preferencia un Cristo de tristeza, de dolor, de sufrimiento; y, aunque Cristo pasó todo eso, fué también un Cristo de alegría, de paz, de aliento y valor. ¡Oh cómo ansío que ese Cristo sea mejor conocido por las clases cultas de Hispanoamérica! ¿A qué obedece esa ansia por encontrar reconciliaciones religiosas con lo divino por medio del Vedantismo, Teosofismo, etc., tan propalados en Hispanoamérica, sino a que en el fondo hay anhelos de una religión mejor que de la que se les ha enseñado y conocen? ¿Qué otra persona puede llenar por completo estas aspiraciones y anhelos que la persona de Cristo?

«Así como Cristo se abre camino y avanza entre las personas cultas de la India, y avanza a pesar del Bramanismo, Budhismo, Confucionismo, Teosofismo y Vedantismo; porque ofrece una vida mejor, mayores consuelos, alientos y ayudas para arrostrar toda clase de crisis y penitencias humanas y para formar un carácter más acabado y perfecto, así también el Cristo del Evangelio y de la Iglesia Cristiana puede satisfacer, como no otra persona o sistema, los anhelos religiosos de las clases cultas hispanoamericanas; anhelos que yo he visto, que yo he palpado; puesto que, al presentarles a este Cristo, he hallado que centenares de esta clase de personas han abierto de par en par sus corazones para recibirlo.

«Mi impresión, confirmada cada vez más y más, es que no hay otro Continente más dispuesto o recibir a Cristo, si se presenta como debe ser presentado, que el Continente hispanoamericano.»



El molinero y el conde.

El conde no podía aprobar la idea de que fuese predicador su molinero; pues creía que todo predicador debía tener educación universitaria y don especial para el ministerio. Estuvieron en la biblioteca del conde, y contemplaba el molinero un mapa que había sobre el escritorio. «¿Será esto el mapa de su propiedad, señor?», preguntó el molinero. «¿Seguramente conocerá usted bien este mapa: cada camino, cada sendero, cada arroyo?» «Sí, sí», contestó el conde. «Bien, caballero. ¿Recuerda usted que el otro día, cuando vino al molino, pidió a mi pequeña María que le enseñara el sendero por el bosque? He pensado esto: usted conocía ese sendero en el mapa. Si preguntara usted a María qué nombre tiene en el mapa, no lo podría decir; pero la pequeña le enseñó el sendero por el bosque. Usted conocía el sendero por el mapa; pero María lo conocía por andar en él. Y yo conozco el camino en el mapa tan bien como muchos; pero, alabado sea el Señor, conozco el camino del cielo por andar en él.»

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

El Centenario de Almeida.

Las Iglesias evangélicas de Portugal celebran estos días el tercer centenario de João Ferreira de Almeida, traductor de la Biblia al portugués, y ministro del Evangelio en las Indias orientales, entre los colonos que hablaban este idioma.

La Sociedad Bíblica y la Alianza Evangélica han organizado una serie de actos conmemorativos en Lisboa y Oporto.

Amablemente invitadas por nuestros hermanos portugueses, la Agencia española de la Sociedad Bíblica y la Alianza Evangélica Española estarán representadas en aquellas solemnidades por nuestros queridos amigos D. Adolfo Araujo, D. Fernando Cabrera y D. Agustín Arenales, que salieron para Lisboa el día 8 del corriente. Traerán, seguramente, cosas muy interesantes que contarnos.



Del Ayuntamiento de Madrid.

«Señor director de ESPAÑA EVANGÉLICA: Presente.

»Muy señor mío:

»El director de la Hemeroteca Municipal me comunica que ha tenido usted la deferencia de ceder a este Centro cultural madrileño los volúmenes del periódico que tan dignamente regenta, que han figurado en la Exposición de Prensa de Colonia. Sería este motivo sobrado para que yo, en nombre del pueblo que me honra con su representación, expresase a usted mi agradecimiento por ese generoso rasgo; pero por si esto no bastara, nos anuncia usted el envío de una suscripción gratuita de su gran periódico, que el pueblo de Madrid podrá utilizar tan pronto como llegue.

»Reciba, pues, en nombre propio, y en el del Ayuntamiento madrileño, la expresión de un reconocimiento que en estas breves líneas no es posible reflejar exactamente.

»Me es muy grato aprovechar esta oportunidad de enviarle un respetuoso saludo, al que uno muy gustoso los sentimientos de mi más distinguida consideración. — El alcalde de Madrid, J. M. de Aristizábal. — Octubre de 1928.»



El Hospital evangélico.

Continúa esta benéfica institución, tan olvidada de algunos evangélicos, su humanitaria labor. La proximidad del invierno aumentará el trabajo y los gastos, y deseamos que nuestros hermanos no la olviden en su generosidad. Es muy sensible que el estado precario de la Caja nos impida prestar por hoy servicio a los enfermos completamente gratuito, y así, todo enfermo que desee recibir en este Hospital los auxilios de la ciencia y los

consuelos de un hogar evangélico, deberá abonar diariamente, durante su permanencia en el establecimiento, la cantidad de tres pesetas diarias, en concepto de ayuda, para los gastos que su estancia ocasione.

Conviene tener presente que, según lo que dispone el reglamento del hospital, las solicitudes de ingreso de enfermos deberán ser hechas por el pastor de la congregación a que aquél pertenezca, y dirigidas al secretario del Hospital; y que ningún enfermo podrá ser admitido sin el *conforme* del médico del Hospital, para lo cual los enfermos de fuera de Madrid deberán acompañar a la petición de ingreso un certificado del médico de la localidad. Las reducidas dimensiones del hospital no permiten la asistencia en él de enfermos infecciosos ni crónicos, como tampoco pueden hacerse operaciones quirúrgicas.

Para toda clase de informaciones, hay que dirigirse al secretario del Hospital, D. Fernando Cabrera, Beneficencia, 18, Madrid, y los donativos y limosnas deben ser enviadas al tesorero, D. Enrique Lindgaard, Noviciado, 3, Madrid.



De regreso.

Procedentes de Inglaterra, donde pasaron unos meses de vacaciones, han llegado el Rdo. Samuel H. G. Saunders, superintendente de la Obra Metodista Wesleyana en Cataluña y Baleares, y su apreciada familia. El sábado 20 del pasado, los miembros de la Iglesia y los jóvenes de E. C. les dieron una reunión de bienvenida que se vió concurridísima, celebrándose al día siguiente la reunión trimestral de las iglesias de Barcelona, en la cual nuestro querido superintendente manifestó su complacencia por hallarse entre los hermanos de ésta, y expuso algunas impresiones que había recibido en su país respecto a España, en donde se interesan cada día más por el desarrollo actual de la misma. En esta reunión fueron admitidos cuatro nuevos hermanos como miembros comulgantes, siendo administrada después la Santa Comunión a un número extraordinario de fieles que llenaban por completo la iglesia.

El Domingo 28, en la reunión de E. C., el mismo Rdo. Saunders dió una conferencia sobre el tema *Impresiones de mis vacaciones*, estando el local de E. C. repleto de esforzadores y público que acudió a oírle. En el transcurso de su relato hubimos de pensar que sus vacaciones no fueron realmente tales, ya que su mayor parte las empleó asistiendo a reuniones y dando conferencias sobre las necesidades

Este número ha sido revisado por la censura.

del Evangelio en España. Los asistentes quedaron complacidos y agradecidísimos a nuestro amado pastor, por el mucho interés con que ha tomado la obra en nuestra patria. — A. J. C.



REGISTRO

Matrimonios. — Iglesia Metodista Episcopal, Alicante. Se han celebrado con toda solemnidad en esta Iglesia los matrimonios de los jóvenes miembros de ella, D. Samuel Mendoza Herrero con doña María Salem Blasco, y D. Jorge Roberto Finning Fernández con D.^a Candelaria Belando Palomares. Que Dios bendiga sus hogares.

Fallecimiento. — Iglesia Evangélica, Valladolid. El Domingo 28 del pasado durmió en el Señor el anciano miembro de esta Iglesia D. Fructuoso Andrés, y al día siguiente se verificó el sepelio en presencia de numeroso acompañamiento, que presenció reverentemente el culto fúnebre, dirigido por el pastor D. Federico Gray.

Nuestro muy sincero pésame a la familia.

— Iglesia Evangélica Española, Ibañerando (Cáceres). — El día 9 del corriente falleció D.^a María García. El sepelio tuvo lugar al día siguiente en el Cementerio Civil. A los padres de la finada, a cuyo cargo quedan dos huérfanos, así como a los demás dolientes expresamos nuestra cristiana simpatía.

— Iglesia Evangélica Metodista, Barcelona, Clot. A la edad de ochenta y un años, durmió en el Señor, el día 3 del corriente, el celoso evangelista y fiel siervo de Dios, D. José Torner Capdevila. El sepelio tuvo lugar al día siguiente, oficiando el Reverendo S. H. G. Saunders en la casa mortuoria y D. J. Capó en el Cementerio Protestante.



SECCIÓN FINANCIERA

Cuentas del Hospital Evangélico. — Madrid: Padillas, 2 pesetas; I. Sánchez, 1,50; En memoria de una madre muy querida, 5; H. Díez, 2; A. Molina, 1; R. Linares, 1; Misión Evangélica Inglesa, 53; P. C. O., 17; C. Rodríguez, 1; A. Sanz, 1; M. Rodríguez, 0,50; G. Pastor, 1; L. Albares, 4; A. Rojas, 2; A. Huelves, 0,25; F. Orejón, 2,50; J. L., 1; C. y D. Reverte, 2; Araujo y señora, 5; C. A. García y señora, 3; F. Fernández, 3; F. Rubio, 2; A. Barranco, 1; T. Díez y esposa, 5; M. Martínán, 0,50; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; A. Machimacher, 2; señor Loewe, 2; A. Guera, 1; F. Hillers, 2; señor Quemedes, 2; A. G. N., 2; J. Moldes, 1; G. Rodríguez, 1; L. Villar, 1; M. Vigil, 1; M. Molina, 1; M. G. Ibáñez, 1; J. Marín, 1; B. Jordán, 1; C. Magro y señora, 1; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2.

Mocejón: Q. Ortega, 6; N. García, 1.

Gijón: F. Tornadillo, 5.

Algodor: L. Ruano, 3.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes	161,25
Balance del mes anterior	2.223,48
TOTAL	2.384,73

Total de lo gastado en el mes	314,75
Balance actual en Caja	2.069,98

Madrid, 31 de Agosto de 1928. — Enrique Lindgaard.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

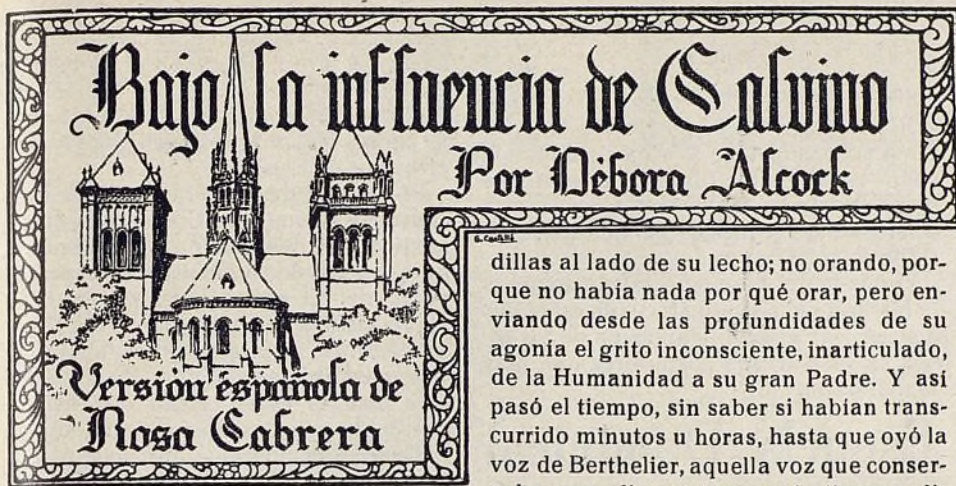
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18

MADRID, 4

APARTADO 4024

TELÉFONO 33.590.



(Continuación.)

A pesar de las muchas faltas que la sirviente encontraba y reprobaba, Gabriela se portaba muy bien en aquella emergencia, habiendo aprendido el secreto de vivir una doble vida. Podía hacer la sopa conforme con las instrucciones de Margarita y los gustos de su padre, podía barrer, limpiar el polvo, lavar con bastante cuidado para que sus manos desempeñaran bien la tarea, pero su corazón estaba en otra parte; y, como la división debilita siempre, la tensión en que se hallaba fué disminuyendo lo suficiente para dejarla vivir. El trabajo no fué para ella un revulsivo, pero sí un calmante; no aminoró la causa, pero tranquilizó los nervios del sufrimiento.

Un día fueron juntas al mercado Claudina y Gabriela; porque, como Margarita pensaba con amarga satisfacción, ahora se necesitaban dos personas para hacer mal lo que antes hacía bien una sola. Al regresar, encontraron un grupo de jinetes que acababan de entrar en la ciudad por el Puente del Arve. Componíase de dos o tres suizos que parecían burgueses acomodados de Berna; un caballero joven, vestido a la moda francesa, cuyo caballo llevaba de la brida un criado que cabalgaba a su lado, y de Norberto, que saludó a sus dos amigas en silencio; y como Claudina pensó, de un modo varonil, con gravedad y tristeza. Gabriela no pensó nada; una niebla se esparció delante de su vista, y, a no haberla sostenido Claudina, hubiera caído al suelo.

Regresaron a su casa tranquila y silenciosamente, y, al acercarse, Claudina preguntó en voz baja a su sobrina:

— ¿Quieres que entremos ahí al lado?

— No — respondió Gabriela —. Él vendrá.

Y una vez en la casa se puso inmediatamente, y con febril energía, a preparar las legumbres que habían comprado para la comida. Claudina observó pronto que ella no veía y que sus manos se movían vagamente, sin ir guiadas por la vista.

— Retírate a tu cuarto, querida — le dijo —. Yo te llamaré cuando venga Norberto.

Obedeció Gabriela, postrándose de ro-

dillas al lado de su lecho; no orando, porque no había nada por qué orar, pero enviando desde las profundidades de su agonía el grito inconsciente, inarticulado, de la Humanidad a su gran Padre. Y así pasó el tiempo, sin saber si habían transcurrido minutos u horas, hasta que oyó la voz de Berthelier, aquella voz que conservaba para ella sus tonos más tiernos, diciendo suavemente:

— ¡Gabriela!

Hallábanse todos en la habitación donde se reunía de continuo la familia; Berthelier, en el sillón, que muy raramente abandonaba ya; De Caulaincourt, en pie, apoyado en el respaldo; Claudina, sentada al lado de su hermano, y Norberto, en pie, erguido en toda su estatura, llevando en su juvenil semblante el sello de una dulce y reverente solemnidad. Al entrar Gabriela, se volvió para mirarla, y desde entonces no vió ya a nadie más que a ella, como ella sólo le veía a él; pero ninguno de ellos emitió la menor palabra de salutación.

— Ya está con Dios — dijo Norberto.

Y Gabriela tuvo la sensación de que lo sabía, hacía años, toda su vida, aunque aquella misma mañana había pensado en él, considerándole recluso aún en el calabozo. Algo que vió en el semblante de la joven impulsó a De Caulaincourt a tomar una silla y obligarla con dulzura a que se sentase, diciendo después a su hijo:

— Vale más que lo digas todo.

— Ya que puedo, puesto que todo lo he visto — repuso el joven, que empezó así su relación —: Vi a los mártires cuando oyeron sus respectivas sentencias. Nuestro hermano Dionisio Poquelin no estaba con ellos; porque había sido llevado a otra parte, desde la cual ha glorificado también a Dios. Eran tres: Esteban Gynet, Enrique De Marsac y Luis. También había otros condenados a penas menores. Tras la sentencia se presentó el verdugo con ramales de cuerdas, que rodeó al cuello de cada uno de los condenados. Al llegar a Luis, que era el penúltimo, siguiendo después su primo Enrique, se detuvo el verdugo, y el juez presidente ordenó que se omitiese aquel detalle en atención a su origen noble; pero Luis habló, sonriendo: «¿Con qué derecho, señor, me negáis el collar de la excelentísima Orden de los Mártires?» Así fué a la muerte: con gozo y alegría.

Norberto hizo una pausa, y luego continuó, haciendo un esfuerzo:

— Dios estuvo con él hasta el fin; pero no puedo hablar de eso... todavía. Diré sólo que no hubo en él muestra alguna

de temor ni sufrimiento; mientras pudo hablar, permaneció en oración, y desde la hoguera me arrojó esto.

Y entregó en manos de Gabriela el disco de marfil, diciéndole al inclinarse:

— Traigo un mensaje; pero... en otra ocasión.

— No — exclamó Gabriela, levantando la cabeza y dejando ver sus pupilas sin una lágrima, iluminadas por un reflejo extraño —. Estamos en familia.

— Es éste: «Dile — me dijo — que Él, que me ha confortado a mí, la confortará también a ella y tendrá mayor consuelo porque lo necesita más».

Un estremecimiento agitó el cuerpo de la doncella al oír aquellas palabras, pero no hizo movimiento alguno. Sin embargo algo había en su semblante que movió a De Caulaincourt a decir:

— Vámonos, hijo mío. Ya has dicho bastante.

Norberto sintió el contacto de una mano, fría como el hielo, y oyó una voz que le daba las gracias, tan lejana como si hubiera estado a larga distancia, y siguió después a su padre. Claudina se retiró también con la frase:

— Voy a contárselo a Margarita.

Un solemne silencio reinó entonces en la habitación, roto al fin por Berthelier, que dijo a Gabriela:

— Ven acá, hija mía.

Y habiéndose arrodillado la joven al lado de su sillón, colocó una mano sobre su cabeza, diciéndole con dulzura:

— ¡Dios te consuele!

Entonces, rompiendo al fin la tempestad, brotaron las lágrimas, mezclándose, con las que corrían a torrentes de los ojos de Gabriela, dos lentas y tristes del anciano.

Las de la joven llevaron en sí un bálsamo, o, mejor dicho, fueron prueba de que empezaba la reacción. Antes de pasar mucho tiempo se levantó, reflejando su rostro una calma singular y sus pupilas esa luz que procede del más allá del sol y las estrellas. Su voz era clara, y no tembló ni reveló emoción al decir:

— «A Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro, Jesucristo» (1), porque la batalla se ha librado ya y se ha ganado la victoria.

Así pasaron también las tinieblas para Gabriela, y volvió a brillar la luz. Al principio todas las ideas que pudieran referirse a su propia tristeza desaparecían en las de admiración y gozo por Luis. Era libre, estaba salvo y al lado de Cristo para siempre. ¿No debía alegrarle que fuera así, a ella que lo amaba tanto? Si había bebido con él el cáliz de la amargura, ¿por qué no había de participar, también con él de la copa del gozo? Con la mente se trasladaba al lado suyo, allí donde no hay ya pesares ni llanto, donde no se siente el dolor, y los redimidos entonan con sus arpas de oro alabanzas a Dios y al Cordero.

(1) 1.ª Cor., XV, 57.

